

sición. En este sentido, un análisis no convencional del paternalismo hubiera permitido dibujar con mayor nitidez los perfiles de los actores antagónicos. El paternalismo es una forma de relación característica de sociedades con incipiente desarrollo capitalista; si el autor se refiere al partido como una manifestación de un proceso de proletarización incompleto, el paternalismo podría ser otra de sus expresiones.

El establecimiento del partido cierra la primera etapa de conflictos y abre la segunda en 1877, caracterizada básicamente por movimientos de resistencia frente a condiciones cada vez más deplorables derivadas de los bajos salarios y los despidos masivos en Real del Monte. Nuevamente los trabajadores propusieron participar en la rehabilitación económica de la empresa, disminuyendo sus salarios pero evitando la pérdida del empleo. La empresa se negó a aceptar la propuesta, y esto hubiera significado la prolongación del conflicto, de no haber concurrido hechos de diversa naturaleza. Por un lado, el incendio de una mina desmovilizó a los trabajadores. Por otro lado, la apertura de nuevas compañías ofreció fuentes alternativas de ocupación; empezaba, según el autor, una nueva época de bonanza y con ella terminaban los conflictos.

Rina ORTIZ PERALTA

Instituto Nacional de Antropología e Historia

Enrique KRAUZE: *Textos heréticos*. México: Grijalbo, 1992, 232 pp. ISBN 970-05-0362-3.

Para comprender este libro y la biografía de Enrique Krauze debemos notar lo siguiente: 1) su madre es periodista; 2) su tía, una historiadora de ideas; 3) estudiante, *protégé* o amigo de cuatro de los intelectuales más influyentes de México: Daniel Cosío Villegas, Luis González, Octavio Paz y Josefina Z. Vázquez; 4) es ingeniero industrial, hombre de negocios, historiador y editor de una revista renombrada; 5) fue estudiante de Isaiah Berlin y autor de dos libros de historia intelectual; 6) investigador convertido en pensador; 7) artífice de un estilo de escritura accesible y claro; 8) se ha convertido en uno de los intelectuales mexicanos más destacados; 9) participante en actividades públicas de controversia; 10) defensor del liberalismo y la democracia, y 11) en 1992, el observador complaciente de la mitad de su mundo llegó a México.

De esa manera, una publicación de Enrique Krauze está en estos años relacionada de manera inevitable con su liderazgo del grupo de *Vuelta* en su rivalidad con el grupo de *Nexos*. En la estructura jerárquica de la vida intelectual mexicana, ambos grupos representan dos ideologías del México del siglo XX: la liberal, cosmopolita, esteticista y de mercado libre y la populista, nacionalista y socialista. Las críticas culturales entre ideologías opuestas y las camarillas son algo común en la historia mexicana, pero *Vuelta* y *Nexos* han ensanchado la base operativa con publicaciones suplementarias, programas de televisión y simposios intelectuales en los medios de comunicación. De esta forma concentran y amplían la cultura de los universitarios. Ambos grupos proclaman su apego a la democracia, y mientras uno se remonta a los ateneístas, el otro lo basa al surgimiento de las ciencias sociales en la década de los sesenta. Y en la base de estas asociaciones se encuentra un sistema de contrapartes aproximadas: Paz/Fuentes, Krauze/Aguiar Camín, Zaid/Monsiváis, etcétera.

Tanto *Vuelta* como *Nexos* se consideran como revistas políticas, y su idea de la cultura occidental y basada en la fama, la imagen y el prestigio como formas de poder social. De sus filas tal vez surjan los herederos de Paz y Fuentes, así que está en juego gran parte del poder mexicano. El gobierno, tan inteligente como los intelectuales capitalinos, tiene lazos con ambos grupos. Existe una grilla subyacente, a veces explícita, entre estos dos grupos. De hecho, el libro de Krauze apareció en medio de la conmoción del Coloquio de Invierno y la renuncia de Flores Olea. De vez en cuando, y azuzados por los medios de comunicación, los intelectuales se critican entre sí, aunque también comparten amistades. Aunque sean "independientes" del gobierno, ambos grupos son parte del sistema político-cultural que condenan. Ésta es la atmósfera intelectual y pública en la cual Krauze, como miembro del grupo de *Vuelta*, concibió estos ensayos. Recuerdo haber preguntado a un Enrique más joven si estaba preparado para recibir el manto de don Daniel. Su respuesta correcta fue "no"; pero helo aquí, devastando la fachada mexicana en términos contundentes, no muy diferentes a los de su irascible mentor.

Otros contextos detrás de la creación de este libro son: la crisis económica de la década de los años ochenta; la declinación del socialismo; el advenimiento del neoliberalismo; la "segunda muerte" de la Revolución; el sentimiento de crisis con el que México ha vivido desde los años sesenta, y una progresiva sensación de *fin de siècle*. Los trabajos de esta categoría abarcan el espectro político,

comparten la convergencia de las fuerzas de cambio globales y nacionales. Este libro también refleja la expresión popular que han desarrollado los escritores académicos y un siglo de crítica liberal a través de Paz, Cosío, Cuesta, Caso, Sierra y Vigil. Nos recuerda cierto lenguaje familiar: Thatcher, Reagan, Bush, Pazos, Vargas Llosa, De Soto, Havel y Yeltsin predicando democracia y mercado libre; investigadores estadounidenses de los cuarenta y cincuenta evaluando a Latinoamérica bajo el criterio de la democracia, y la crítica de Antonio Caso a Vicente Lombardo Toledano.

Este libro subraya la idea de la historia como un *continuum* de la conciencia, siempre cambiando, ensanchándose, contrayéndose, disminuyendo, aumentando, revalorándose, y nos hace ver que el poder político puede forzar o instaurar un cambio en la conciencia, o que ésta puede flotar en una sociedad durante años sin tener ninguna base en la cultura política. En frases dispersas, Krauze afirma que el resultado global del México del siglo XX ha sido favorable; pero su propósito es revelar que la mente mexicana ha sido condicionada por cinco tiranías: el legado colonial-clerical-conservador; el liberalismo jacobino; la Revolución; el PRI y el marxismo. Estas tiranías han producido intolerancia, dogmas y sentimientos monárquicos hasta el presente. De una u otra forma, todas han obstaculizado el crecimiento del liberalismo, que Krauze define como democracia, libre mercado y discurso racional. A través de su libro, la herencia colonial cede el paso a su continuación en el periodo nacional: “la herencia colonial, estatista, inquisitorial, conservadora, revolucionaria-institucional y filomarxista” (p. 27); mientras que se equipara la cultura del periodo nacional con sus equivalentes coloniales: “el presidente-monarca, el partido-corporación, la ideología-doctrina, la capital-estado, la universidad-pontificia, los intelectuales-letrados” (p. 124).

El antiliberalismo de la Iglesia era excesivo, al igual que el liberalismo jacobino, afirma Krauze. En forma similar, la Revolución cometió más excesos liberales, estableciendo una “nueva vieja clerecía”, y fracasando en “expropiar al individuo”, creando más obstáculos para la libertad en su constitución, defraudando el proceso electoral al imponer ideales abstractos en la reforma agraria y al convertir a los campesinos en “ganado electoral”, estableciendo así una hacienda inmensa en la que el gobierno es el único hacendado, y finalmente empujando al país al Tercer Mundo bajo Echeverría y López Portillo. “La cita con la historia ha llegado”, dice el autor, y debe ponerse bajo escrutinio todo lo que hay en México. En uno de los mejores ensayos compara la apertura eco-

nómica de “1792, 1892 y 1992”, argumentando que fue realizada a la manera de un despotismo ilustrado sin los adelantos correspondientes de la democracia. Pide una “Reforma de la clase intelectual” en la urdimbre marxista-religiosa-burocrática de México y Latinoamérica. Quiere que el presidente haga pública su declaración anual contable y sugiere un TLC para el ejido. Considera a Salinas como un presidente efectivo pero incapaz de dar legitimidad al PRI.

Krauze destaca, acertadamente a mi parecer, que el PRI no es un partido sino una extensión del Estado. Describe con detalle algunos de sus ardidés y pide que haya más vigilancia de la ciudadanía en las elecciones. Quiere que un poder judicial imparcial controle los resultados de las elecciones y pide una separación entre el PRI y el gobierno. Acusa a la ciudad de México de ejercer un centralismo histórico similar al que ejerció España con sus colonias. Hace notar que la Revolución fue en parte un intento por romper la hegemonía centralista, que debería haber acabado en 1824. Piensa que los norteños son víctimas de un “imperialismo interno” que debería alinearse más hacia el centro y posiblemente organizar un partido político que estuviera ligado con otras áreas periféricas. En lo que respecta al trabajo intelectual, critica a la historia del trabajo por académica y convencional; la considera superficial, basada en un marco marxistoiide de causa y efecto y movimientos de trabajadores. Aunque dedica algunas palabras amables a lo que percibe como la izquierda genuina en México, su crítica más dura la reserva para los “marxistas universitarios”, en parte porque piensa que podrían llegar al poder y en parte por la ceguera histórica que despliegan, por su influencia en los jóvenes, por su antinorteamericanismo congénito y por retardar los efectos de la democracia liberal. Pide un PSOE mexicano.

El tema que trata con mayor amplitud es el de Carlos Fuentes, que presenta como un actor, un *dandy* guerrillero y un hombre sin identidad, lo cual, según Krauze, pudo haber sido la razón de su fracaso al intentar ofrecer un retrato convincente y verdadero de México. Fidel Castro tiene “las manos manchadas de sangre”, y “la historia no lo absolverá”. Estados Unidos ha exportado su democracia bajo la forma de su moralidad, ha subordinado la diplomacia a los intereses económicos y ha manifestado una insensibilidad penetrante hacia el mundo.

¿Qué queda de México después del escrutinio de Krauze? No mucho de su historia exterior. El autor se pregunta, veladamente, si alguien afirmará que la Revolución fue un error. Incluso lleva

su búsqueda del origen del error liberal al terreno dudoso de la especulación: "Si España hubiera escuchado a Aranda... , si Taft..." Ésta es una crítica a la vieja cultura de México, a su cerrada e introspectiva historia nacionalista que ha detenido a la modernización democrática y liberal. Se trata nada menos que de un México más allá de México, casi el fin de la historia de México. Sin embargo, no sé que pueda Krauze decir a México que éste no sepa, en especial a los lectores de *Vuelta* y a la clientela de El Parnaso. No hay nada "herético" en estos ensayos, con la excepción de que apremian a México a que rompa uno de su tabúes más grandes: "No confiarás en los norteamericanos". Muchas de las ideas de Krauze son las mismas que se encuentran en los Textos de Fernández de Lizardi y de numerosos escritores del siglo XX. Muchas de ellas se encuentran en Cosío y Paz, a quienes cita con frecuencia. Algunas de ellas transmiten las aspiraciones del Movimiento Nacional para la Democracia, en el cual ha colaborado Krauze.

El libro da testimonio de la batalla ideológica en México, donde los izquierdistas se mezclan confusamente para adaptarse, y el autor siente que es su misión ponerlos en evidencia. Para hacerlo, se ve obligado a hacer a un lado el papel nada insignificante de la juventud izquierdista en el proceso político desde la década de los años sesenta. En su crítica a Fuentes como escritor mexicano no auténtico, la acusación de que intentó negar mexicanidad a Fuentes, y pregunta retóricamente si es posible que Fuentes escriba de una forma para Estados Unidos y de otra para México. Es muy probable que la respuesta sea afirmativa, y Krauze no puede entender que Fuentes se desvió del viejo paradigma creativo mexicano para adoptar una identidad latina más joven, más vasta y polimorfa, que ha demostrado ser la más apropiada para el mundo del futuro.

Al restarle brillo al programa liberal desde fines del siglo XIX hasta el presente, programa en el que la Revolución se presenta como una carga, el autor simplifica la historia mexicana con causas individuales y juicios totales. Si no cambia su enfoque crítico, Krauze corre el riesgo de convertirse en un "santo" del dogma de la ausencia de dogma. Como la privatización y Solidaridad han evolucionado hacia un liberalismo social, ya hay espacio para la circunspección en lo que se refiere a la base cultural del México corporatista. La cuestión no es tanto cómo confrontar y vencer a la "mentalidad clerical", ya sea en su versión izquierdista o derechista, sino cómo introducirla por etapas en los requerimientos ca-

da vez mayores de apertura, democracia, modernización y libre comercio. De todas formas, se supone que el gradualismo es el camino de los liberales.

Con todo y su negatividad (de hecho, debido a ella), *Textos heréticos* es un libro fundamental para comprender al México que está entre el final de una era y el principio de otra. Se trata de un México que avanza y que no está completamente errado. El autor discute la política en Guanajuato, el trabajo del doctor Salvador Nava y la necesidad del presidente de declarar que no se postulará de nuevo para la presidencia. En cada caso, el presidente acomodó la situación bajo el signo democrático, aunque los escépticos dirían que se trata de estrategias priistas. La crítica de Krauze no es utópica ni le da la espalda a lo que el pueblo quiere. Él se mueve al ritmo de la nación, y viceversa.

Henry C. SCHMIDT
Texas A&M University

Traducción: Laura Elena PULIDO VARELA